

humor involuntario en este centón, hay también un buen puñado de espléndidos poemas. algunos de autoras bien conocidas, muchos de poetisas hispanoamericanas raramente editadas entre nosotros. No cumple, sin embargo, la función que debe cumplir una antología, ya que carece de criterio de selección, algo especialmente notable en las autoras últimas, aquellas que no han sido antologadas previamente.

Pretendiendo reivindicar la poesía femenina, *Mujeres de carne y verso* ejemplifica una subconsciente minusvaloración. Hay voces y plumas, tanto masculinas como femeninas que, sin duda, están mejor preparadas y más autorizadas, que la de este joven gaditano, para la tarea que constituye antologar la voz de las mujeres que con sus versos plantaron una semilla definitiva de igualdad en el quehacer poético y que en la actualidad permiten que se pueda hablar de la “escritura de la diferencia”. La editorial tendría que haber mostrado un ápice más de seriedad en el encargo. [ANTONIO JOSÉ MIALDEA BAENA]

RICO, Francisco (Dir.), *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*. Valladolid: Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2000, 303 págs.

A principios del siglo XX surge en Inglaterra una nueva vía de análisis literario -que repercutirá de manera muy directa en la crítica textual- interesada en el libro por lo que se refiere a su materialidad y a las condiciones en que éste se produce. A través de sus principales precursores —W. Pollard, W. Greg y Brunlees McKerrow— la *textual bibliography* influyó sobre la incunabulística, y los primeros avances no tardaron en aplicarse al período de esplendor de la literatura inglesa y principalmente a la obra de Shakespeare.

En los Países Bajos, en los años sesenta, son claves, en esta misma línea, las aportaciones de Gerrit W. Ovink sobre las fases de composición del libro y los añadidos posteriores de Wytze Gs Hellinga, quien tiene en consideración más detalladamente el original de imprenta, la configuración de la página, la tipografía, la composición y la impresión.

En la *Histoire de l'édition française* —dirigida por R. Chartier y H. J. Martin— Jeanne Veyrin-Forrer se ocupaba de estudiar, hace ya veinte años, el proceso íntegro de edición en su “Fabriquer un livre au XVI^e siècle”. Hacía en este artículo un análisis aplicado al caso del libro impreso francés del XVI, que iba desde su fabricación y confección, en cuanto objeto cultural, hasta la corrección de pruebas.

Más cercanos son los intentos de P. Trovato por dilucidar la relación existente entre la imprenta y la fijación de la norma lingüística italiana.

La crítica hispánica no ha prestado atención a este importante aspecto hasta fechas muy recientes. Probablemente, los primeros intentos de estudio sistemático de los problemas de la bibliografía textual se deban, tras los pasos de Jaime Moll, a Francisco Rico, quien apunta en *Quimera*, núm. 173 (octubre de 1998) y en la “Historia del texto” que acompaña al *Don Quijote* del Instituto Cervantes la importancia de los originales de

impresión, anticipo de su *El texto del "Quijote"*. Pablo Andrés Escapa en "Autores en la oficina del impresor. Tres reimpressiones del Siglo de Oro español y un aplazamiento", *Boletín de la Real Academia Española*, LXXIX (1999), págs. 249-266, ofrece algunas observaciones basadas en el catálogo de originales de los siglos XVI y XVII de Antonio Paz y Méliá. Debe indicarse, no obstante, que los originales ya habían sido tratados de manera esporádica antes de estos trabajos; así, por ejemplo, en el catálogo del Archivo Histórico Nacional, *Impresos y manuscritos. Años 1520-1877*, de Natividad Moreno Garbayo, donde hay una recopilación de casi mil fichas con los expedientes sobre manuscritos y originales de imprenta tramitados por el Consejo de Castilla.

En el volumen reseñado se presentan las peculiaridades de la imprenta en el período áureo y la repercusión que los condicionamientos materiales, los tipos, la cuenta del original o incluso la propia idiosincrasia del impresor podían llegar a tener en la edición del texto o en los distintos estados de éste. Aunque en nuestro país no se ha cultivado profusamente esta línea de análisis deben tenerse en cuenta las valiosísimas e ineludibles aportaciones de Jaime Moll. En "Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro", *Boletín de la Real Academia Española*, LIX (1979), págs. 49-107, se apuntan los problemas textuales derivados de las variaciones que puede ofrecer una edición y el análisis valorativo que debe hacerse de las distintas ediciones de una obra. Una vez reconocidas las cuestiones generales, ensayará Moll una metodología del análisis de las correcciones en prensa a partir de un texto concreto en su "Correcciones en prensa y crítica textual: a propósito de *Fuente Ovejuna*", *Boletín de la Real Academia Española*, LXII, (1982), págs. 159-171. Los tratados destinados a los impresores son una fuente de datos valiosísima y mucho más objetiva que las construcciones críticas posteriores. De hacia 1680 es el manual *Institución y origen del arte de la imprenta y reglas generales para los componedores*, escrito por el componedor -hijo y hermano de impresores- Alonso Víctor de Paredes, con edición y prólogo de Jaime Moll, Madrid, El Crotalón, 1984.

Como precursor de un interés tardío por una forma distinta de hacer crítica, Jaime Moll es justo dedicatario de la obra, y suyo es el primer artículo con el que se encuentra el lector. "La imprenta manual" recorre de forma rápida las distintas etapas de producción del libro para centrarse fundamentalmente en aspectos de orden material. La descripción que con grabados de la época se hace de la prensa aclara perfectamente, desde el inicio del camino, los vericuetos que hasta llegar al texto se deben recorrer. En "El original de imprenta" Pablo Andrés Escapa, Elena Delgado Pascual, Arantxa Domingo Malvadi y José Luis Rodríguez Montederramo analizan la modificación que supone el paso del manuscrito del autor al impreso, atendiendo a las modificaciones del texto posteriores a la rúbrica, al pliego preliminar y a las tablas de contenidos. El pliego preliminar es el último en imprimirse y esto le confiere el enorme interés de su hibridismo, entre lo real histórico de la tasa o el privilegio y la literaturización inherente a la propia obra. Normalmente, las dedicatorias o los poemas nuncupatorios no aparecen en el pliego original. Estas hojas no son revisadas por el corrector general, encargado de corroborar la

identidad del manuscrito y el impreso. De aquí se puede deducir que cuando la dedicatoria ocupa un cuaderno no preliminar es probablemente obra del autor, pero no se puede decir nada respecto a su autoría cuando se trata de un añadido posterior a la rúbrica. Al margen de lo paratextual, debe tenerse en cuenta que las anotaciones posteriores a la rúbrica pueden no ser exclusivas del autor y suponen una actualización de lo manuscrito en el escalón previo a la imprenta.

Sonia Garza explica la importancia de la *cuenta* del original y las modificaciones que en el texto conllevaba un error de cálculo. Este error era subsanable mediante la adición de espacios y alargamiento de los renglones en el caso de *cuentas cortas*. Las *cuentas largas* implicaban generalmente, a pesar del uso de abreviaturas, una pérdida de información y, lo que es más grave, una deturpación textual no siempre fácil de detectar. Precisamente son estas “pérdidas” las que intenta subsanar Rico, con gran acierto y brillantez, en la reconstrucción del texto de Fernando de Rojas, “Crítica textual y transmisión impresa (para la edición de *La Celestina*)”. A partir de los distintos estados elabora el *stemma* a la luz de estos nuevos planteamientos, dejando de lado una herencia lachmaniana tachada de arcaica.

Probablemente son los impresores y componedores los grandes deturpadores de la centuria dorada, pero es justo reconocer que tenían “cómplices” de peso. Numerosos testimonios de la época refieren el penoso nivel de los correctores castellanos. Trevor J. Dadson expone en “La corrección de pruebas” el panorama vigente en las prensas españolas, condicionadas muy a menudo por factores económicos y de mercado. Ni tenían el dinero suficiente para mantener un corrector cultivado ni podían permitirse retrasos derivados de óptimas verificaciones.

Será en la época moderna cuando el libro se convierta en un objeto cultural y de mercado; esto justifica, como expone D. W. Cruichshank, las atribuciones falsas y “Los ‘hurtos de la prensa’ en las obras dramáticas”. Imagen diáfana de una sociedad y una época es también la transmisión en pliegos sueltos, libros breves que responden a un tipo de consumidor específico que requiere literatura asequible y manejable. Giuseppe Di Stefano se encarga de analizar, en otro nivel, un paso análogo al que supone trasvasar el manuscrito al cauce de lo impreso. En el pliego suelto se altera o adecua el contenido para adaptarlo a la perspectiva del lector y, cuando no se interviene en el texto, se trata de orientar la lectura de las partes para conseguir un todo íntegro y cohesionado.

Roger Chartier, en el artículo que cierra el volumen, se interesa explícitamente por el lector que puede influir en la elaboración del libro —el libro en sí como objeto de consumo, objeto social y cultural—, por los distintos soportes del texto —al margen de lo puramente lingüístico— y sus consecuentes valoraciones; esto es: el texto no desgajado de la materialidad que lo crea, lo absorbe y lo incorpora al acervo cultural.

Se cierra el volumen con el regalo de dos escritos de la época que vienen a completar, ahora desde la coetaneidad, un panorama serio y riguroso del mundo de la impresión y sus implicaciones textuales: Cristóbal Suárez de Figueroa, “De los impresores.

Discurso CXI”, *Plaza universal de todas ciencias y artes*, y Juan Caramuel y Lobkowitz, *Sintagma de arte typographica*.

Este trabajo es, en suma, una valiosísima aportación al esclarecimiento de los métodos de producción impresa y su repercusión en nuestros textos áureos. Concebido con el propósito de llenar el profundo vacío existente y sentar las bases para próximos estudios, abre el camino, como es su propósito, para la tarea de recolectar los frutos —esperemos que no tardíos— de una bibliografía textual en español. [IGNACIO GARCÍA AGUILAR].

RODRÍGUEZ, Juan Carlos, *De qué hablamos cuando hablamos de literatura*, Granada: Comares, 2002, 656 págs.

Cuando en 1979 Juan Carlos Rodríguez publica en Akal *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas* su texto aparece como una radical novedad en el yerto y repetitivo panorama de la crítica literaria y académica española, en especial la relativa a los llamados “Siglos de Oro”, atrapada de forma más o menos inconsciente por el superticioso y reverencial respeto que imponía esta denominación. Una España cerrada durante décadas a casi todas las novedades aparecidas en el plano teórico en el pensamiento occidental, lo era especialmente a las líneas de pensamiento de orientación marxista. Algunos años después, con la evolución política y la relativa apertura de la Universidad, se produciría una cierta permeabilización, traducida, por ejemplo, en la superación del concepto immanentista del texto y en la incorporación a su análisis de la atención a las condiciones objetivas de producción, comenzando por aspectos ya tradicionales en la filología o el positivismo, como la producción material de los textos, su transmisión o su recepción. No se desarrolló, sin embargo, una reflexión profunda sobre el otro elemento de la tríada marxista, el de la superestructura, esto es, el de la ideología o, por acercarnos a la terminología de nuestro autor, del “inconsciente ideológico”. Prácticamente sólo Juan Carlos Rodríguez, tras algunos momentos de silencio y con algunas aportaciones de sus discípulos granadinos (especialmente, Luis García Montero y Álvaro Salvador; también Antonio Jiménez Millán y Fernando García Lara, entre otros), ha desarrollado las fecundas semillas que ya se encontraban en la obra de 1979, convenientemente revisada años después (Madrid: Akal, 1990) y vuelta a releer para su reciente traducción al inglés en una universidad norteamericana. Desde aquel momento y ya con bastante regularidad a lo largo de la década de los 90 una serie de entregas editoriales han venido desplegando, de forma más o menos sistemática, el análisis de la producción literaria española y su encuadre en las corrientes europeas, desde posiciones teóricas que se han ido afinando, pero desde la fidelidad a los planteamientos iniciales.

En su raíz sitúa Juan Carlos Rodríguez el pensamiento marxista y las aportaciones de Freud, a través de la síntesis realizada en el París cercano a la primavera del 68 por Louis Althusser en sus seminarios, donde confluían ecos tan dispares como los ya mencionados o la antropología estructuralista. Desde estas posiciones básicas, que el autor explicita y pormenoriza con frecuencia en sus obras, emprende la revisión crítica de